

Historias porteñas de la objetualidad

Justo Pastor Mellado

Picasso forjó la frase, Godard la recicló: "Yo no busco, encuentro". En el comentario de la semana pasada hice uso de la noción "identidad plástica penquista". En esta ocasión, se han dado ciertas condiciones para que extienda dicho uso al caso de la identidad plástica porteña. Esto es, más que nada, la determinación de señales para historias por escribir.

El viernes 26 de marzo Jean Baudrillard tuvo un encuentro con estudiantes y profesores universitarios de Valparaíso. Este se llevó a cabo en el aula magna de la Universidad de Playa Ancha. Habló del fin de la historia lineal, sometida a una aceleración tal de los acontecimientos, que estos, en su producción misma, dejan de tener lugar. Por ejemplo, la Guerra del Golfo fue una guerra mediática que transformó la dimensión del tiempo y la representación de la realidad. Expuso, en seguida, mediante un discurso potenciado permanentemente por metáforas de gran plasticidad teórica, su idea de la retroversión de una historia construida por turbulencias que reciclan interminablemente los acontecimientos.

Resulta sugerente pensar en las posibilidades de traslado de estas hipótesis hacia el campo plástico y la historia del arte.

Juan Luis Martínez falleció en la madrugada del lunes pasado. El viernes anterior, comentando el relato que yo le había hecho del encuentro de Baudrillard en Playa Ancha, me habló de la pasión con que había leído, en los años 70, su libro *El sistema de los objetos*. Lo mencionó como un recuerdo dulce de la infancia. La lectura era un momento afectivo y teórico que lo hacía rescatar a aquellos con quienes había hecho algo. Habían subrayado el texto con lápiz de grafito, para que los párrafos de otro se convirtieran en un programa secreto, como si este hubiera sido escrito por ellos mismos.

El compañero del lápiz era Hugo Rivera. El mismo que escribió en *Compromiso*, periódico anual de la oficina de relación públicas de la sede Valparaíso de la Universidad de Chile, un texto sobre los objetos que Juan Luis Martínez había expuesto en la sala del Instituto Chileno-Francés de Valparaíso en agosto del '72. Es interesante poner atención en la fecha.

Cito textualmente: "Pero aquí el acto poético no es un acto automático, es un trabajo selectivo, lento, meticuloso, que produce un objeto que está

fuera de nosotros, que afecta nuestros sentidos, que se ofrece a nuestra vista; el objeto se nos opone como la materia de nuestro pensamiento. Lentamente, encontrando y seleccionando meticulosamente lo encontrado, Martínez produce sus objetos de intención poética tranquilo, sin violencia, sin gesticulación".

La historia no es lineal, y la recuperación de las memorias plásticas regionales sigue el rumbo divergente de las turbulencias. El recuerdo que me ofrecía Juan Luis rescataba la memoria de una preocupación que no ha sido tematizada por la crítica ni por la historiografía. La cuestión del objeto es una historia de Valparaíso. Cuando Baudrillard vino el viernes 26 a Playa Ancha, ya estaba subrayado y no lo sabía. Veinte años tenían lugar en la cercanía de su lectura.

Es preciso decir que, en Santiago, en la tradición de la Facultad de Artes, la objetualidad seguiría otro camino.

Primero, de filiación surrealizante (Hugo Marín en los '70), luego, de desplazamiento conceptualizante (Leppe en los '80), pasando por las disposiciones de objetos enmarcados en un ingenuo dogmatismo populista (Brugnoli, también en los '70), el objetualismo santiaguino no logra disolver el imperativo de

la ilustratividad. En los '80 hay algunos trabajos que alcanzan a situarse en un terreno de visualización crítica; pero es una coyuntura que se cierra de inmediato. Curiosamente, ello ocurre a propósito de *Vizualizaciones de Raúl Zurita*, en la que participan variados artistas a los que se reconoce formando parte de la "neovanguardia". ¿A qué vanguardia sobrepasaban? ¿En qué contexto? El fantasma de Juan Luis Martínez amenazaba la santa alianza de quienes omitieron en todo momento una deuda.

Juan Luis Martínez ha muerto. Recién se reconoce la importancia que su trabajo poético tuvo para la visualidad crítica chilena. Los trabajos conceptuales que en los '80 coparon editorialmente la escena, efectivamente negaron su antecedencia. El núcleo de Valparaíso que los gestó, en un contexto discursivo que es preciso historizar, se dispersó después de 1973. Veinte años más tarde, Hugo Rivera, compañero de lectura de Juan Luis Martínez retorna a Chile para ejecutar el rito de reciclar una memoria que resistió la aceleración de la historia reciente.

La muerte de Juan Luis Martínez nos ofrece la exigencia ética de hacer un lugar en estos relatos.